

POR UN
CIGARRO





Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



POR UN CIGARRO

NOVELA COLECTIVA

Esther Martínez Luna

Presentación y edición

Esther Martínez Luna
Gamaliel Valentín González

Notas

Novelas en Tránsito
Primera Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Américo Luna, Esther Martínez Luna, Mariana Ozuna Castañeda

APOYO ACADÉMICO

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Novela colectiva, *Por un cigarro*

La Novela corta: una biblioteca virtual

Primera edición: 26 de agosto de 2011

Segunda edición: 10 de octubre de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Círculo Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional
de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. *Por un cigarro...* juego narrativo
y publicitario

Esther Martínez Luna 5

Por un cigarro

- I. De cómo don Paco Alcoforado aún enfermo no
se explica 19
- II. En que verá el lector algunas escenas desgarradoras
de desolación y de muerte 29
- III. Donde se cuenta cómo empiezan a aclararse algunas
dudas y nacen otras 37
- IV. Donde se descorre el velo y se atan algunos
cabos 47
- V. De cómo el “cuarto poder” volvió a enredar la
madeja 55
- VI. De cómo Tito Muñoz Chufo contó cosas muy
pertinentes e interesantes 63
- VII. De cómo Muñoz Chufo habló con el comisario,
aclarando el origen del asunto 71

Noticia del texto 79

Notas 81

PRESENTACIÓN

Por un cigarro... juego narrativo y publicitario

Esther Martínez Luna

Por un cigarro... es una novela corta con varias particularidades; la primera de ellas, es que fue escrita a siete manos, es decir, se trata de una novela colectiva; la segunda, es que no tenemos la certeza de quiénes la escribieron, pues al final de cada entrega únicamente figura una letra como rúbrica. Desafortunadamente, la utilización de las letras A, B, C, D, E, F y G en nada abonan a una posible identificación de los autores, ya que sólo se optó por establecer el orden secuencial de cada entrega sin brindarnos alguna pista de la identidad de sus escritores. Creemos que entre los posibles autores que colaboraron en la creación de esta novela breve podrían estar Efrén Rebolledo, Amado Nervo, Ángel de Campo y Pedro Escalante, ya que fueron asiduos y entusiastas colaboradores del semanario dominical *Cómico* (1898-1901), en cuyas páginas se publicó esta obra.¹

Otro punto que vale destacar es que cuando se anunció la publicación de *Por un cigarro...*, en las páginas del hebdomadario, se informó al público acerca de las condiciones que seguirían los redactores de este experimento narrativo:

Siete capítulos contendrá la novela, y uno tocará redactar a cada escritor. El asunto queda a voluntad del primero, y escusado es decir el aprieto en que se verán los demás para formar la trama de la obra, desarrollar la acción y llevarla a su desenlace. Las condiciones a que tendrán que sujetarse los autores para su tarea son las siguientes: La novela será esencialmente humorística, de la época actual, y los sucesos de que trate se pondrán acaecidos en México.²

Y en efecto, la novela cumplió con las condiciones establecidas, ya que a lo largo de sus siete capítulos, la trama se centró en un caso de nota roja y el enfrentamiento entre dos periódicos, *El Pifano* y *El Teléfono Nacional*. Este conflicto sirvió para evidenciar la escasa ética periodística de los *reporters* de la época, al tratar de ganar lectores a cualquier precio y mantenerlos a la expectativa sobre asuntos o situaciones turbias, de violencia o escándalos públicos. La narración estuvo impregnada de un tono jocoso y satírico al que se suma-

ba un aire popular y costumbrista que fue planteando los enredos de un supuesto asesinato (un niño aparece muerto en un canasto de ropa sucia) en una vecindad del centro de la Ciudad de México. A partir del descubrimiento del “cuerpo del delito” todo mundo podía ser culpable. Es así que desfilaron una amplia gama de personajes: la guapa de la vecindad, la señora honorable, la sirvienta, los amantes clandestinos, un perico testigo de los hechos, el supuesto culpable, un trío de estudiantes pránganas, los abogados, un médico legista, el policía, el juez y los infaltables reporteros de notas sensacionalistas.

Es importante señalar que esta novela corta fue la primera publicada en el semanario *Cómico* y que dio paso a varias más, pues los editores estaban interesados en tener un público cautivo que esperara cada semana narraciones breves y bien escritas. Este recurso aseguraría buenas ganancias y competitividad con respecto a otros periódicos.

TEMAS DE ACTUALIDAD

Como señalamos líneas arriba, uno de los temas en que centra su atención la novela colectiva *Por un cigarro...* es la figura del *reporter* que ya había hecho correr tinta en el ámbito cultural y periodístico desde los tempra-

nos años ochenta del siglo XIX. De la misma manera, aunque en menor medida, el papel de estos nuevos actores culturales fue criticado en algunas novelas de otros escritores importantes de la época; baste mencionar al mismo Ángel de Campo (Micrós) con *La Rumba* (1889). En ese sentido, la novelita publicada en las páginas de *Cómico* venía a insistir en la denuncia de la tergiversación de la realidad efectuada por el *reporter* al alterar y contar los hechos de manera diferente a como habían sucedido, sin que importara acabar con la reputación de hombres honorables. Es el caso en la novela de don Paco Alcoforado, el pobre afinador de pianos, quien es denostado y falsamente culpado de haber asesinado al niño Atenógenes, de escasos ocho meses de edad, por parte de los redactores de los periódicos *El Teléfono Nacional* y *El Pífano*.

Desde los primeros párrafos de la novela, quedan planteados los atropellos e injusticias de que será víctima Paco Alcoforado, pues el *reporter* de *El Teléfono Nacional* se empeñará en hacerlo aparecer como culpable. Bajo una aparente investigación con supuestas “pruebas documentales” —pero en realidad plagada de inexactitudes—, la opinión pública condenará a un hombre antes de que su caso llegue siquiera a los tribunales y sea sentenciado por un juez. La imputación de la culpa se debe al redactor del periódico quien construye una

narración de acontecimientos morbosos, perversos y lúgubres para predisponer a los lectores de la prensa en contra de un inocente.

—Sí hijita —gimió el viejo—, ven y léele a este pobre impedido casi ciego. Seguramente ese pasquín soez se ocupa de mí: “el monstruo de perversos instintos”.

Y rio con sardónica y lúgubre carcajada.

Revisados los títulos [...] llegó al rubro con letras gordas: “Lo último en el escándalo del Perico”.

—¿No te lo dije? Veremos lo que inventan en ese desgraciado asunto que han dado en llamar del “Perico” y me costará la vida.

La joven leyó:

Deseoso *El Teléfono Nacional* de tener al tanto a sus lectores de cuanto ocurra en este asunto, que con verdadera repugnancia hemos abordado, vamos a completar nuestros datos.

En consecuencia, la novela mostrará cómo el cuarto poder altera la vida cotidiana y se inmiscuye en los espacios más íntimos de un puñado de habitantes de una céntrica vecindad ubicada en calle de Los Parados, hoy República de Uruguay. Sin embargo, la novela no sólo se circunscribirá a señalar a los gacetilleros como

únicos responsables de crear confusión, pues casi todos los personajes que intervienen en la novelita son mentirosos, infractores o responsables de alguna irregularidad en su día a día y, consecuentemente, ocultan la verdad sobre la muerte del niño Atenógenes. Pero esta realidad no la sabrá el lector sino hasta el capítulo VI, cuando la novela dará un giro para dejar atrás las falsas versiones de los inescrupulosos periodistas. Por medio de Tito Muñoz Chufo, estudiante y “practicante de una comisaría”, conoceremos la verdadera historia y a los responsables de la muerte de la criatura. La solución al enigma será contada desde la voz de los residentes implicados en el asunto, es decir, desde las entrañas mismas de los pasillos del vecindario.

Otro tema que aborda la novela, con insistencia y de manera hartamente humorística, se refiere a las enfermedades que en la época se creía determinaban el “comportamiento vicioso” de las personas. En virtud de ello, los diversos escritores de *Por un cigarro...* coinciden en evidenciar y burlarse de la explicación supuestamente “científica” de ciertos padecimientos, responsables de que una persona estuviera predeterminada genéticamente a ser un criminal, un homicida, un ladrón o simplemente un desadaptado social. En consecuencia, constantemente los personajes tendrán que responder a la pregunta de si sus padres fueron alcohólicos, epi-

lépticos, tuberculosos, o si ellos mismos padecen algún problema neurológico; de tal manera que su respuesta servirá para descartar que su ADN contenga genes que los conviertan en posibles culpables del supuesto asesinato. La referencia al determinismo biológico es más que obvia alusión al pensamiento cientificista que permeó la sociedad finisecular para explicar la realidad y el comportamiento de los seres humanos.

—¡Es raro! ¿En la familia de usted hay antecedentes hereditarios?

—Todos han muerto intestados porque desde la primera generación han sido pobres y honrados.

—¿Está usted seguro? Pero hubo alcohólicos, epi-
lépticos..., en fin, ¡todo eso!

—Señor..., *reporter*..., usted se propasa.

Por otro lado, el título de la novela y la propia trama nos hacen pensar en la pugna que existía, por esos años, entre las fábricas productoras de cigarros que intentaban dominar el mercado nacional. Me refiero a las cigarreras de El Buen Tono y La Tabacalera Mexicana, cuyas diferencias fueron tan grandes que dirimieron públicamente sus disputas en las páginas de la prensa del periodo “mediante cartas y anuncios, a modo de inserciones pagadas”.³ Por ello, no es extraño suponer

que en las páginas de *Cómico* y por medio del conflicto narrativo creado para la novela se hicieran referencias a los famosos cigarros llamados Chorritos o a los hechos con papel de orozuz como síntoma de la intensificación de esas disputas económicas:

—Supongamos, ¿de qué cigarros fuma usted?

—De varias marcas porque estoy enfermo y no hay una que no tenga porquerías en vez de tabaco.

—Bueno, pero la semana pasada, ¿fumó usted Chorritos?

—No, de papel de orozuz.

—¿Está usted seguro?

Un ejemplo más:

Tenemos que añadir una nota misteriosa a este desgraciado suceso que cada día se vuelve tenebroso. Hecha la autopsia del niño Atenógenes, muerto en el canasto, se le encontraron en los intestinos huellas de nicotina y mariguana, por lo que se supone que el cigarro en cuestión era Chorrito y no del A. B. C., ni del orozuz como maliciosamente insinúan los redactores del *Pifano*, acaso por sugerencias de alguna colonia extranjera mezclada en el asunto, y a la cual le conviene el desprestigio de cierta fábrica.

O bien, tampoco es arbitrario suponer que los redactores, de alguna manera, participaran realizando un tipo de publicidad encubierta mediante la escritura de la novela, pues los personajes que aparecen fuman todo el tiempo a pesar de tener alguna enfermedad pulmonar y es tan grande su hábito de fumar que no es raro saber que recogen del piso las colillas de Chorritos para agotar la última porción de tabaco.

LA ESTRUCTURA DEL JUEGO NARRATIVO

La novela se va construyendo a partir de escenas en las que abundan confusiones, malentendidos o situaciones chuscas en un ambiente popular en que el lenguaje coloquial y el humor van de la mano. Los largos títulos de los capítulos sintetizan de manera clara y concisa de qué tratará cada uno de ellos; asimismo, para aumentar la tensión narrativa, es frecuente que al final de cada entrega se cree expectación alrededor de la posible solución del caso.

Por otra parte, los diálogos son abundantes a diferencia de las escasas descripciones de los lugares donde se desarrolla la trama; escasamente conocemos las escaleras de la vecindad, alguno de los cuartos o nos imaginamos los juzgados de Belén. Respecto a los personajes, dada la brevedad del relato, se configuran a partir de

descripciones generales pero precisas que van trazando un retrato contundente a partir de las características de su actividad profesional o doméstica, y el papel que desempeñaron en torno de la misteriosa muerte del niño Atenógenes. La presencia de los personajes que vemos desfilar no es ajena al conflicto sino muy cercana a los hechos que provocaron “la memorable noche del gran meneo en la calle de Los Parados”.

Es cierto que no se puede hablar de un estilo narrativo único, pues se advierten varios matices estilísticos en la redacción de la novela; sin embargo, sí podemos afirmar que este ejercicio colectivo tendió, por parte de los redactores, a conjuntar un tono irónico y de crítica, al hacer escarnio tanto de los *reporters* como de la gente sencilla y de pocos recursos económicos. Los escritores evidentemente querían mostrar que la ignorancia era la que sostenía a la prensa amarillista y alimentaba los bolsillos de esos modernos gacetilleros. Éstos alargaban más y más las historias porque el número de líneas que redactaban era de lo que dependía su sustento para sobrevivir.

Si bien no podemos identificar con certeza las plumas que colaboraron en este “cuasi cadáver exquisito”, valga decir que encontramos bastante familiaridad en el tono y expresividad literarias con la también novela corta *El de los claveles dobles* de Ángel de Campo, publi-

cada meses más tarde en el mismo semanario y editada en este mismo portal. En consecuencia, no dudamos en afirmar que más de un capítulo de *Por un cigarro...* haya salido de la pluma de Micrós. Asimismo, agreguemos que, en este juego narrativo y publicitario, el único nombre verídico de los escritores de la revista *Cómico* fue el de Efrén Rebolledo que aparece como personaje representando un estudiante de medicina en la novela.

Finalmente, *Por un cigarro...* es una novela ágil que despertará el interés del lector por el suspenso que crean los enredos de los *reporters*; por el retrato que hace de personajes tipo del México finisecular; por la visión sarcástica que recrea de la prensa amarillista; por sus diálogos cargados de humor y, en fin, diremos junto con los responsables de la novela: “Se asegura que agradará el asunto y que se derramará sal y pimienta”.

POR UN CIGARRO

I
DE CÓMO DON PACO ALCOFORADO AÚN
ENFERMO NO SE EXPLICA EL PAPEL QUE
PUDO DESEMPEÑAR EN EL ESCÁNDALO
DE LOS PARADOS, DÍCELO A SU HIJA EN
LOS MOMENTOS EN QUE UN *REPORTER*
SAGITARIO QUE ACONSEJA SERENIDAD
PARA OBRAR,⁴ LE HACE MUCHAS
Y MUY CURIOSAS PREGUNTAS
INTERESANTES PARA EL
ESCLARECIMIENTO DE LOS HECHOS

Una especie de baile de San Vito se apoderó del párpado izquierdo de don Paco Alcoforado desde la memorable noche del gran *meneo* en la calle de Los Parados.⁵

Las medicinas del doctor lo empeoraron como era de esperarse y además le produjeron un verdadero pánico a la presencia de cualquier alimento. Así es que cuando Nieves Regalado, rolliza y bien lograda doméstica, le presentó el chocolate en agua con pan blanco, el buen don Paco, afinador de pianos, volvió el rostro con gesto de horror y náusea diciendo:

—Llévate eso, tengo asqueado el estómago, ¿cómo han seguido?

—La niña Luz, azotándose en el suelo con el ataque de risa.

—¿Y Tibaldito?

—Le están dando la friega.

—Sea por Dios. ¿Han traído el periódico? ¿Sí? Pues dámelo, aunque no, es inútil, con estos vidrios verdes no puedo leer. Llama a Chole. ¿Fueron por el médico?

—No estaba en casa.

—Me lo suponía. Paciencia y barajar. Bajemos la cabeza, ante tu voluntad Dios mío. Si tú lo quieres apareceré en público como un canalla, un hombre sin delicadeza... Que me calumnien, que me pongan preso...

Apareció Chole. La pobre escrofulosa seguía mejor de su neuralgia del ciego,⁶ exacerbada con tantas fatigas; venía con una venda en la frente y el pelo empapado en Florida.⁷

—¿Me hablabas?

—Sí, hijita —gimió el viejo—, ven y léele a este pobre impedido casi ciego. Seguramente ese pasquín soez se ocupa de mí, “el monstruo de perversos instintos”.

Y rio con sardónica y lúgubre carcajada.

Revisados los títulos “El Sistema Penitenciario y las enfermedades de la morera”, “La neurosis en la raza

porcina”, “Ecos del Gran Colector”, “El papel del *Pifano* en la prensa...”, etc., llegó al rubro con letras gordas: “Lo último en el escándalo del Perico”.

—¿No te lo dije? Veremos lo que inventan en ese desgraciado asunto que han dado en llamar del “Perico” y me costará la vida.

—No te afectes lindo... Hay que tomar las cosas como vienen.

—No siempre. Léeme.

La joven leyó:

Deseoso *El Teléfono Nacional* de tener al tanto a sus lectores de cuanto ocurra en este asunto, que con verdadera repugnancia hemos abordado, vamos a completar nuestros datos.

Aunque las diligencias judiciales se practican con profunda reserva, por no entorpecer la acción de la policía, comunicaremos lo que a nuestro juicio no la perjudica.

Uno de nuestros *reporters* logró hablar con la casera Simona de la O, dijo ser viuda; de Irapuato y nacida en Gómez y aunque representa menos edad de la que tiene vestía enaguas de *castor*.⁸ Dijo que la noche de los sucesos estaba ausente, pero le contó un compadre que vive con ella, que entre once y doce oyó carreras en la escalera, una mala palabra que omitimos y este grito:

“Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal”, dado por el loro, grito providencial, pues fue el que denunció el acto infame, cuyos autores están a punto de ser aprehendidos.

Toribio Fuertes, talabartero, vive en la misma casa, es rubio, de edad. Proyecta, pues apenas cuenta treinta años, es soltero, aunque radicado en la capital desde su tierna época. Este artesano confiesa que dormía, pero despertó al oír el golpe de una vidriera y el estallido de un cristal y que tocaba polca o danza en el piano, que como la noche estaba oscura no pudo distinguir.

La conducta de nuestro diario está justificada y miente el *Pifano* cuando asegura que lo del piano fue fraguado en esta redacción.

Y otra pitada del *Pifano*. Sotero Reynoso, carpintero de cajas mortuorias, asegura que aunque había cenado y bebido mucho, recuerda que al atravesar el patio cayó un cigarro como del pasillo del siete y que, como estaba sólo chupado a medias, se lo acabó de fumar. ¿Qué dice de esto el *Pifano*? Reynoso aunque ignorante no es capaz de confundir un *puro* con un *cigarro*. Eso tan sólo le pasa a los escritores estercolarios que apelan hasta la bajeza para lucrar indignamente.⁹

Varias personas parecen implicadas en el asqueroso escándalo y cada día se robustece más la opinión de que un tal Alcoforado fue el instigador y autor del hecho.

El Juez instructor, con el tacto que le es característico, no quiere todavía proceder, hasta que se practique la vista de ojos.

Publicamos en nuestra primera plana el retrato del niño en el momento de asomar la cabeza por el canasto de la ropa sucia.

—¿Lo ves, hijita —clamó don Paco—, lo ves? ¿Y quieres que no me violente? Yo estaba acostado porque me dio el cólico, no fumé porque tenía tos, tu hermana no estudió por haberse pinchado un dedo, y ni modo de que el “Profeta” haya andado sobre las teclas, porque lo echamos de la sala antes de cerrar. Nuestro perico no habla; el portón estaba cerrado; las vidrieras tienen un solo vidrio y los demás están sustituidos con papel de periódico porque el dueño de la casa... ¿Tè convences de qué ocultos enemigos? ¿No tengo motivo para romperme el cráneo? Sólo por mis principios religiosos... ¡Ay, Virgen Santa! No me suprimo de un balazo.

—No llores, chulo, se te inflama tu ojito.

—No llores, no llores... ¡Vaya una calma! Ahí tocan. Sabe Dios quién sea.

—Es el *reporter* de la bicicleta, ese sagitario, ¿qué le digo?

—¡Dios, Dios, Dios...! Nada, nada le digas, es inútil. Ése es capaz de colarse por una rendija; que se

meta, déjalo, y lo peor es que tengo que aguantarlo... ¡Esta no es casa, es plazuela, machero, corral, todos entran y salen cuando se les antoja!

Después de entrar y tomar asiento, saludó el *re-porter* agregando:

—Necesito otros datos para que la verdad se aclare y sea el *Pifano* quien ponga los puntos sobre las íes.

—Gracias, lo mismo me dijeron los del *Teléfono*.

—¡Oh, pero qué abismo entre esa zahúrda y nosotros! Y al grano porque *forman* temprano, ¿de qué color era la colcha que usted usó la noche del martes?

—Ya le dije a usted, lo menos cinco veces, que colorada.

—¿Está usted seguro?

—Hombre, tanto, que hace un momento la llevaron al empeño y yo la envolví...

—Hizo usted mal. Creerán que es pretexto.

—Me importa un pito. Vivo de mi trabajo, la desgracia me funde, ¿qué como?

—Sin sulfurarse. Rehágase, amigo, rehágase... Obrar para proveer y proveer para obrar...¹⁰ Sin serenidad no se puede proveer, sin calma no se puede obrar. A otro punto, ¿el perico de usted es cierto que sabe decir: “Canta, lorito, canta”?

—Nunca al menos que yo sepa.

—¿Está usted seguro?

—Pero hombre si es un perico viejísimo. En la comisaría está, se lo han llevado brutalmente y lo mismo han hecho con otros cinco que había en la vecindad y están rigurosamente incomunicados.

—Adelante con los faroles. No le extrañe a usted mi insistencia pero quiero hacer un artículo pistonudo. Vamos, ¿es usted casado?

—Viudo hace ocho años.

—¿Está usted seguro?

—Pero hombre, eso no admite duda. Mírela usted. Ahí, en la cómoda; ese es el retrato que sacamos cuando estaba tendida.

—Supongamos: ¿de qué cigarros fuma usted?

—De varias marcas porque estoy enfermo y no hay una que no tenga porquerías en vez de tabaco.

—Bueno, pero la semana pasada, ¿fumó usted Chorritos?¹¹

—No, de papel de orozuz.¹²

—¿Está usted seguro?

—También en la comisaría está la escupidera con las colillas de tres días.

—¡Es raro! ¿En la familia de usted hay antecedentes hereditarios?

—Todos han muerto intestados porque desde la primera generación han sido pobres y honrados.

—¿Está usted seguro? Pero hubo alcohólicos, epilépticos..., en fin, ¡todo eso!¹³

—Señor..., *reporter*..., usted se propasa.

—Abelardo Pérez, para servirlo. Calma, ya verá usted, ¡qué plan! Llegamos al punto álgido. Señor don Paco, ¿jamás ha retozado usted con su criada?, ¿aquí *inter nos*?

—Señor, usted abusa de mi desgracia. Sépase usted que merezco respeto por mis canas, y mi hogar es un templo...

—¿Está usted seguro? No se enoje usted, no sabe usted qué trascendencia tiene esto. Ese retrato de usted, ese pañuelo con sus iniciales, esos nomeolvides disecados;¹⁴ ese botón igual a los que usted usa... en el baúl de la doméstica... dan en qué pensar.

—Cosas robadas de que yo no tengo la culpa. Lo dije y me moriré diciéndolo: no entiendo una jota de esta infamia en que me han metido. Yo dormía...

—Pero se levantó usted a media noche.

—Porque se me ofreció algo; ahí está el médico que lo sabe, y mis tirantes en el cuarto del baño, nada significan.

—Eso cree usted, pero *El Teléfono* opina lo contrario.

—Pues miente *El Teléfono* y mienten todos, y ya me estoy cansando.

—Paciencia. No tengo tiempo que perder: ¿qué edad tiene usted?

—Sesenta y ocho años, los cumplí el 20.

—¿Está usted seguro? Bien, ¿y este año o a fines del pasado no ha tenido usted un hijo?

—¡Pero hombre!

—Lo repito, de todo eso depende el que usted se sincere ante el público predispuesto en su contra. Y ahora un abrazo, el último y un consejo: huya usted... No tarda en llegar la policía, lo supe en el juzgado, han dado orden de cogerlo.

—¿A mí? ¡Nada más esa me faltaba!... ¿Y de qué me acusan?

—Oigo pasos, paró un coche, tocan, son ellos.

En esos momentos aparecieron el jefe de las Comisiones de Seguridad, el fotógrafo de *El Teléfono*, el perito médico legista y otros agentes, y se detuvieron en medio de la sala.

Don Francisco Alcoforado, desplomose, mudo, frío sin un grito, rígido, boca abajo sobre una zalea.

El médico pegó el oído a su espalda y dijo:

—Se hace, pero no está muerto.

A.

II
EN QUE VERÁ EL LECTOR ALGUNAS
ESCENAS DESGARRADORAS
DE DESOLACIÓN Y DE MUERTE,
CON UN MISTERIOSO DIÁLOGO ENTRE
DON PACO Y SU DOMÉSTICA DEMETRIA

El niño murió.
Fueron vanos todos los esfuerzos de la casera y del veterinario del número tres, adentro 17, para restituirle el espíritu vital y cuando los agentes, con tono enérgico aunque amable, trataban de volver a la vida a don Paco, merced a la aplicación persistente a la nariz de linimento volátil, del que había servido para la friega de Tibaldito, y don Paco empezaba a preguntar: “¿Dónde estoy?”, abajo en la portería todo era desconcierto y escándalo.

Por fin Simona subió a las volandas la escalera y entró como ventarrón al teatro de los sucesos exclamando:

—No hay remedio, señor don Paco, ya la petateó.

—¿Quién? —exclamó don Paco volviendo por completo a su acuerdo.

—¿Quién ha de ser?, el niño.

—¡Válgame María Santísima!

El fotógrafo de *El Teléfono*, que arreglaba su Kodak para tomar una fotografía del reo en el momento del desmayo,¹⁵ dijo dirigiéndose al desmayado:

—Favor de no moverse don Paco, contenga usted su emoción un momento..., ¿me permite arreglarlo?

—Hombre, déjeme en paz por l'amor de Dios.

—Dispéñseme, pero saldría mal la negativa; a ver acuéstese otra vez en la zalea. Así, lánguidamente..., eso es..., mire usted a mi dedo; pero sin anteojos verdes..., eso es..., ¿me permite arreglarle ese brazo? Estaría mejor sobre el corazón..., más apretado, eso es; como si sintiere usted un agudo dolor... Voy a retirar un poco la cámara..., eso es; favor de poner la cara más patética..., eso es..., la mirada más triste..., muy bien, eso es, a la una, a las dos, a las tres, muy bien, eso es..., salud y pesetas.

Simona que había callado atenta a la operación, siguió diciendo:

—Pues, sí, se murió en el canasto.

—Eso complica el asunto —observó el jefe de las Comisiones de Seguridad con voz grave—... había que registrar el camarote...

—Sí, pero que lo fugimen,¹⁶ porque hay ropa de don Ladislao el que se murió de tifo —dijo Simona...

—¿Qué edad tenía el niño? —preguntó el perito médico legista.

—Ocho meses, pero representaba más... —respondió Simona.

—Pues habrá que hacerle la autopsia a ver si descubrimos las huellas del delito..., lléveme usted..., señora.

—¿Su gracia de usted?

—Simona Cumplido para lo que usted mande.

—Señora Simona, lléveme usted a donde está el cadáver.

Bajaron ambos a dos la escalera y el agente de las Comisiones de Seguridad dijo dirigiéndose a don Paco:

—Se hace tarde, ¿me hace usted favor de acompañarme?

—Pero, a dónde, ¡Dios Santo!

—Va usted incomunicado por orden del juez.

Don Paco iba a desplomarse de nuevo, pero se acordó del linimento volátil y volvió en sí antes de perder el sentido.

—Antes me va usted a mostrar sus papeles, hay que sellarlos con el sello del juzgado.

Don Paco, resignado, sacó un llavero del bolsillo y abrió una cómoda.

—Aquí está todo, señor.

—A ver, deme usted el legajo.

—¿Qué es esto?

—Son piezas de música.

El jefe de las Comisiones leyendo un título: “Y qué, danzón para piano con acompañamiento de violoncelo” —leyendo otro—, “Petrita, polca para guitarra o bandurria”.

Don Paco limpiándose los ojos.

—Así se llamaba mi mujer.

—¿Bandurria?

—No, Petrita; esa polca se la di un día de su santo...

—En fin, veremos, todo esto ha de servir de constancia procesal; con que señor don Paco, ahí abajo nos espera la calandria.

—Estoy dispuesto, señor. Pero permítame siquiera cambiarme de ropa.

—Hombre, hay responsabilidad en eso...

—Siquiera el pantalón, vea usted que es el del domingo; con estos ires y venires ni me lo he quitado.

—Bueno, pues vaya usted.

Don Paco entró a la recámara y de ahí se dirigió, más a prisa de lo que le permitían sus años, a la cocina, donde Demetria picaba cebollas.

—¿Ya lo ves? —le dijo con voz compungida—, me llevan preso.

—¡Preso!, pus hay que declarar.

—Sí, pero oye, antes que todo dime, ¿el retrato tenía dedicatoria?

—¿Qué es eso?...

—Dedicatoria, mujer: lo que pone uno detrás.

—Pos como yo no sé leer...

—Bueno, pero habrás visto cuando menos si tenía letritas...

—Letritas..., sí, sí tenía...

—La verdadera sangre de Cristo me proteja, ¿y había rúbrica después de las letritas?

—¿Qué es eso?...

—Una rayita, hija, una rayita gruesa.

—Sí, sí había una rayita.

—Ánimas benditas del purgatorio... Estoy perdido.

—No, eso de perdido no, porque Aniceto irá a declarar...

—¿Y qué dirá Aniceto?

—Pos la verdad, que está enredado conmigo, y que el cigarro no cayó del siete ni era Chorrito.

—Pues, ¿de dónde cayó, Demetria?

—Cayó de la ventanita del ocho..., se conocía que venía de más alto, yo vi cerrar la ventana..., luego.

—¿La ventana de doña Encarnación?

—Sí, como la pobre está divorciada y tiene miedo de que le quiten la mesada, ya ni se asoma y ha de ver abierto no más pa' tirarlo...

—Y los tirantes... ¡Virgen Santísima!...

—Pos eso, claro se ve que son de Aniceto, y él dirá también que él fue el que testereó la jaula del perico del descanso.

—¡Ah!, ¿el de doña Encarnación?

—Sí, ése es el que dijo: “¡Santo Dios!”. Como que lo educaron las monjas...

—¿Te acuerdas qué señas tiene?

—Es tuerto nomás de un ojo y pica...

—Dios me saque con bien.

El jefe de las Comisiones grita desde la sala:

—Ya es hora, señor don Paco...

Don Paco se despide tiernamente de Demetria y echa a correr a la sala. Chole llora y Tibaldito quiere atacarse.

—Yo no quiero que te lleven papá...

—Cállate, vida mía, ahí te encargué con Demetria, cóbrame los cinco pesos de la auto-guitarra que le afiné a Ramírez y pórtate bien; no vayas a romperte la ropa...

Chole abraza a Tibaldito que no quiere consolarse y don Paco, el agente y el fotógrafo bajan a la vivienda donde el médico legista ha colocado ya al difuntito en una caja proporcionada por Aniceto, el carpintero fúnebre y amigo de Demetria.

La madre del difunto llora porque no habrá velorio y van a destazarle al niño.

—Ser tan chiquillo y destriparlo, doctor, ¿pos en qué va a quedar?

El médico legista afirma con tono severo:

—Señora, el amor de madre está después que la justicia..., la justicia ante todo...

—Pero ¿me permitirán siquiera rejunarlo después?

—Creo que no habrá inconveniente.

A otro día *El Teléfono* publica el siguiente entrefilet:¹⁷

EL ASUNTO —LORO —ALCANFORADO

O SEA DEL PERICO.¹⁸

Nuevos datos.

Tenemos que añadir una nota misteriosa a este desgraciado suceso que cada día se vuelve tenebroso. Hecha la autopsia del niño Atenógenes, muerto en el canasto, se le encontraron en los intestinos huellas de nicotina y mariguana, por lo que se supone que el cigarro en cuestión era Chorrillo y no del A. B. C., ni del orozuz como maliciosamente insinúan los redactores del *Pifano*, acaso por sugerencias de alguna colonia extranjera mezclada en el asunto, y a la cual le conviene el desprestigio de cierta fábrica.¹⁹

Publicamos hoy dos fotografías, la una que representa a don Paco Alcoforado en el momento de desma-

yarse a causa de la noticia de su aprehensión; y la otra, al niño Atenógenes en el momento de yacer sin vida en el canasto. Seguiremos teniendo a nuestros abonados al tanto de lo que ocurra.

B.

III
DONDE SE CUENTA CÓMO EMPIEZAN
A ACLARARSE ALGUNAS DUDAS
Y NACEN OTRAS QUE HARÍAN
INTERMINABLE ESTA VERÍDICA HISTORIA,
SI NO SOBREVINIERA EL LAMENTABLE
CASO QUE VERÁ EL LECTOR
EN EL CAPÍTULO CUARTO

Afanadísimos andaban los vecinos procurando amenguar los sinsabores de Chole y Tibaldito, los cuales a medida que el tiempo iba transcurriendo sufrían menos por las aflicciones morales y más a causa de los apuros monetarios que la encerrona de don Paco trajo a su hogar, desde que el jefe de la familia se vio privado del fruto de sus pacíficas labores.

Las penas que pasaron no son para contarse. Los cinco pesos de la auto-guitarra no entraron a las arcas domésticas, y como era ese el único vencimiento en cartera, decidió Chole enviar al empeño sus aretes y su anillo de brillantes californianos, y con el préstamo se hicieron vivir tres días. Al cabo de ellos su situación fue más desesperante aún: la maritornes fue conducida

a Belén,²⁰ Tibaldito cayó en cama y Chole pasaba el tiempo que le dejaban libre los vecinos fregando platos y otras vasijas que había menester su hermano cada cinco minutos.

Olvidados tenía ya la pobre escrofulosa los danzones que formaban antaño sus delicias, y no porque en su temperamento no cupiese el deseo de un sedativo musical, pues fiel a las tradiciones de la familia, solía consolarse de sus penas en los éxtasis poéticos del tono menor; pero la vihuela pasó al empeño y a sus antros rodaron sucesivamente el medio ajuar de la salita, los pantalones de don Paco y hasta las prendas que conocían todas las intimidades de la atribulada doncella.

—Siempre hay una providencia para los pobres —decía doña Asunción, entre chupada y chupada de su eterno cigarrillo—. No cargue usted el juicio, mi alma, ya verá como todo se remedia.

En parte acertaba la optimista y asmática fumadora, pues a poco se presentó Zamudio, el vecino del 19, ofreciendo a Cholita auxilios que la pobre aceptó en vista de su triste situación.

No se dieron a malévolas murmuraciones las gentes, porque el señor Zamudio era persona respetable por su edad y por sus buenas costumbres. Jamás desde que murió su mujer se le había visto en trapicheos ni rondas sospechosas; trabajaba todo el día en su taller

(era constructor de bandurrias), y pasaba las horas primas de la noche en pláticas edificantes con don Félix el estanquillero.

—No, señorita —dijo a Chole su protector—, el caso no es tan sencillo como dice doña Chona. Se ven tantas cosas... Oiga usted, y créame, aquí lo que hace falta es un buen consejero. El licenciado Soleta dice que ha habido incorrección en los procedimientos del juez.

—Lo que hay, señor Zamudio, es que son unos bárbaros —opinó doña Chona—. ¿A quién se le ocurre descuartizar a un pobre inocente de Dios, por si hubo o no hubo testerazos en la escalera y pericos chillones?

—La han pitado y caro les va a costar, porque como dice el licenciado Soleta, la coartada del perico va a probarse en las constancias procesales.

—¿Y es cierto que?... en fin, yo no quisiera que Cholita crea que vengo aquí por chismes para contar lo que me digan. Usted sabe, señor Zamudio...

—Sí, doña Chona, nadie mejor que usted puede enterarse de los hechos y luego ser testigo de descargo; porque como dice el licenciado Soleta, él lo dice en latín, pero recuerdo que vale tanto como que afirmando las cosas una persona caracterizada se salva don Paco.

—Yo no quisiera otra cosa.

—¡Pobrecito de papá! —dijo Chole—, acaso yo

tengo la culpa, pero juro por la Virgen Santísima que yo no sabía si estaba o no estaba Román en la escalera.

—Pero ¿él escribió a usted después? —preguntó con aire de inquisidor Zamudio—. Demetria algo me dijo y sería fácil...

—¿Que cante?... Si ya lo dijo todo.

—¿Y la carta?

—La tengo yo. ¿Quiere usted verla?

Y mientras Chole iba a su recámara en busca de la carta que el juez de los autos y *El Teléfono Nacional* afirmaban que era una invención de la cocinera de don Paco, Zamudio encendió un cigarro en la undécima colilla de doña Chona, la cual dominaba sus accesos de asma para enterarse de la misteriosa *prueba* documental, que con varios propósitos y sin conocerle discutían los periódicos.

—Aquí está, señor Zamudio; léala usted y luego dígame qué ha de hacerse con ella.

Zamudio tomó en sus manos el papel, lo desdobló con muchísimo cuidado y, después de componer la voz y situado que se hubo frente a la ventana del pasillo, leyó:

Cholita:

Por nada me pescan anoche. Figúrate que estoy con pena por lo que dice *El Teléfono*, y ser yo la causa involun-

taria y luego si suceden más complicaciones no sé en qué parará esto y vaya a costarme hasta el empleo. La maldita portera me ha sacado ya 20 pesos y quiere más. Yo que no tengo culpa de nada le daré hasta la camisa, porque si grita me parte y hasta tú la llevas en tu reputación de señorita honrada y de decencia. Dime qué hago porque estoy con la camisa que no me llega al cuerpo; y ya te digo, temo otras consecuencias. Tú dirás que no anduve con cuidado pero no, no creas, fue una cosa impensada toda. Cuando prendiste el cerillo para hacer seña que no salías, corrí al cuarto del baño porque sentí pasos en el corredor y era tu papá que tenía un periódico en la mano, y como pensé que ya me había visto me quedé parado sin saber qué hacer. Luego me acordé que tenía el cigarro prendido y lo tiré al patio embarrándome en la pared para hacerme chiquito y que no me viera don Paco. En esto sonó el estruendo de los vidrios y gritó el malvado perico. Al principio creí que era el nicho de la vieja del 4 porque al entrar la vi traficando con su santo, pero luego me convencí de qué era, y puse cuidado. Tu papá se asustó de oír unas palabrotas de voz de hombre y se volvió a meter, y yo aproveché el tiempo saltando los escalones sin meter ruido. Me vio la portera y me dijo: “¿Ya sabe lo que pasa?”, “¿Qué he de saber?”, le contesté y eché a andar; pero ella me detuvo para platicarme una bola de chismes que no oí. Le di el medio que le doy siempre y ella me lo devolvió muy enojada diciéndome

que la iba a comprometer y luego le salía con una friole-
ra. Figúrate, entonces lo supe todo: que detrás de mí se
metió uno con un bulto y que ella lo dejó entrar porque
creía que venía conmigo; y no hubo remedio, me dijo
y me sostuvo que el hombre tenía la culpa y que yo lo
había llevado. Esto está de color de hormiga y va a ser un
embrollo del diablo. Yo no hallo qué hacer, porque si por
salvar a tu padre me acriminan, ya verás si me dividen.
Conque tú dime, y yo leeré los periódicos para ver tam-
bién qué pasa y no vayas a decir a nadie que fui, al fin tu
papá probará que él no fue. Los recados me los mandas
con el papelero y no con Demetria.

—¿Y cree usted lo que dice este papel? —preguntó
a Chole el señor Zamudio.

—De Román yo respondo.

—Bueno, pues entonces presentaremos la carta,
porque como dice el licenciado Soleta, la verdad brillar-
á con luz meridiana.

Y sin esperar otra cosa, tomó Zamudio su som-
brero y salió para entregar la carta al defensor de don
Paco.

El licenciado no estaba en casa.

El ilustre jurisconsulto vivía en los Juzgados de Be-
lén,²¹ consagrado como estaba en cuerpo y alma a la
útil y lucrativa industria de las libertades preparatorias

que le habían granjeado múltiples simpatías entre las
honradas clases criminales.

Pero el origen de su reputación profesional venía
de otra parte. En los salones de jurados era Soleta el
defensor obligado y el de más fuste. Causa que él abra-
zaba con ánimo salía siempre fallada a su satisfacción;
los jueces populares votaban siempre las atenuantes de
cuarta clase cuando la absolució era imposible; pero
su fuerte consistía en levantarse cada cinco minutos
durante las audiencias “para pedir a la secretaria que
hiciese constar su protesta respetuosa y enérgica” por
tal o cual irregularidad.

Y no era Soleta propiamente lo que se llama un gran
orador; conocía la brújula de los negocios criminales, eso
sí, y explotaba en sus arengas el gran sentimentalismo y
la ignorancia del público que lo admiraba.

Valíase de una argumentación desbarajustada y cha-
bacana que exaltaba hasta el delirio a los oyentes y
cuando al fin de los “análisis que hacía de las conclusio-
nes del Ministerio Público” metía su muletilla, gritan-
do con voz atiplada y chillona: “¿Es esto lógico, señores
jurados; es esto jurídico?”, después de una pausa, decía
enfáticamente: “Han caído por tierra los argumentos
de la parte acusadora”.

Como para Zamudio era motivo de gran satisfac-
ción hablar de cerca con aquel abogadazo, a quien él

admiraba desde un rincón de los salones de jurado, no habiéndolo encontrado en su despacho, corrió a Belén en donde dio por fin con el orador eminente. Hablaba Soleta con un grupo de colegas a la sombra de unos árboles roñosos de la plazuela, y como por dos o tres palabras sueltas comprendió Zamudio que se hablaba del asunto Alcoforado, cobró ánimo y, acercándose al semidiós, le dijo:

—Señor licenciado, aquí traigo para usted la carta de que le he hablado.

—Lo ven ustedes —declamó Soleta dirigiéndose a sus amigos y sin mirar apenas al humilde obrero que le tendía el papel temblando de emoción.

Leyó despacio el papelito, tornó a leerlo y como hombre que ha encontrado la clave de un problema trascendental, dijo: Eureka.

—Sí, señores, nuestro hombre se ha salvado. Yo he logrado descubrir este elemento de prueba que será indestructible y preciso para la defensa. Alcoforado no es el criminal a quien pintan con negros colores en los periódicos y pronto brillará la luz de la verdad.

Y sin dar mejores explicaciones y dejando a Zamudio plantado como un poste, corrió a ver al juez blandiendo en su mano crispada el papelito de Román.

Ese mismo día publicaba *El Píffano* lo siguiente:

EL ASUNTO ALCOFORADO —ATROZ CALUMNIA—.

Miente con desvergüenza inaudita *El Teléfono Nacional* al asegurar que se hayan encontrado en el cadáver del niño Atenógenes huellas de nicotina y mariguana y, más aún, cuando se atreve a decir que el cigarro en cuestión era Chorríto. Ese párrafo fue inspirado por una empresa norteamericana que trata solapadamente de causar desprestigio a los cigarros Chorrítos que son,²² con justicia, los más aceptados del país. ¡Qué prensa! ¡Qué prensa!

Conste lo dicho para desengañar a la sociedad sorprendida con tales falsedades.

C.

IV
DONDE SE DESCORRE EL VELO Y SE ATAN
ALGUNOS CABOS DE LA ENTRETENIDA
Y SINGULAR NARRACIÓN QUE COMPONE
ESTA RARÍSIMA HISTORIA

Ya la he requerido a usted para que se produzca con verdad. Sería inútil y hasta dañoso para usted, como testigo, que pretendiera engañar a la justicia. Una diligencia que practicó ayer el juzgado me ha puesto en camino de esclarecer los hechos. Sea usted explícita y declare con entera franqueza lo que sepa respecto al escándalo ocurrido en la casa donde vive.

—Así lo haré señor.

—Bien..., diga usted sus generales...

—¡Mis generales! Yo no...

—Veo que no comprende usted el tecnicismo jurídico. ¿Cómo se llama usted?

—Encarnación Montenegro de Ríos.

—¿Su edad? ¿Su estado?

—Tengo treinta y nueve años y soy casada, aunque pobre; pero vivo separada de mi esposo porque...

—Bien. ¿Sabe usted algo de lo ocurrido en la casa de la calle de Los Parados?

—Señor... Yo no me explico tantos enredos... Crea usted.

—Yo no creo, ni dejo de creer nada, señora; soy el oído que escucha, la inteligencia que inquiere y la conciencia que juzga..., nada más. Hable usted..., no tema nada... ¡la verdad!, ¡solamente la verdad!

—Señor, la noche del suceso estuvo a verme en la casa mi compadre Julián Cuerdas, que es zapatero y bebe, con especialidad los lunes. Lunes fue aquel día si mal no recuerdo, señor juez, y el hombre se me presentó peor que una barrica de pulque.

—¿Qué le trae por aquí compadre? —le pregunté.

—Mi perra desgracia comadrita —respondió aquel sujeto.

—Y entonces fue, señor juez, cuando vi un bulto que tenía debajo de su sarape y no era otra cosa que un cesto donde me mostró un tierno niño.

—Por Dios, compadre —le dije—, ¿qué anda haciendo a estas horas con esa criatura?

—Es su ahijada —me contestó.

—Pero si mi ahijada murió al mes de nacida —le expuse yo.

—Sí, pero este es otro niño; otra harina de otro costal, y yo se lo traigo aquí para que se encargue de él

porque yo no tengo trabajo, ni dinero y este renacuajito se muere de alfilería. ¡Si viera usted cómo se retuerce! ¡Ni más ni menos viborita!..., y tose mucho, además, y ya lo curé con cataplasmas y un baño de agua con yerbas que le dio una vecina.

—Yo no puedo recibir a ese niño —le dije—; si usted quiere un auxilio, se lo daré; pero no me hago cargo del huérfano.

—¿Pues qué hago yo entonces? —me respondió.

—Usted lo sabe —le dije.

—Entonces saqué un peso y se lo di, manifestándole que mi posición, al estar separada de mi esposo, era difícil... Para no cansar a usted señor juez le diré que mi compadre Julián se guardó el peso y salió con el bulto, pero ya cerca del patio regresó y me dijo:

—Ahí lo dejo, y usted lo recoge.

—Yo grité:

—¡Santo Dios!

—El hombre salió escapado, tropezó seguramente con alguna vidriera de las otras viviendas y la hizo pedazos. Gritó el loro, salieron los vecinos, se armó el escándalo y luego ocurrió el gendarme del punto... Yo me encerré y no he chistado hasta hoy. Eso es todo”.

—¿Esa es la verdad?

—La verdad.

—¿Dónde vive Julián Cuerdas?

—No lo sé. No tiene lugar fijo... Es muy vagamundo.

—¿Dónde vivía cuando usted le conoció?

—Por el rumbo de Tepito...

Algunas horas después se presentó el licenciado Soleta con la carta.

—Tengo, señor juez —le dijo—, la prueba evidente de la inocencia de Alcoforado.

—¿Cuál es?

—Esta carta.

El juez Boliches la leyó y dijo:

—Es un auxilio más, pero es inútil para su defensor.

—¿Por qué?

—Porque ya di la orden de que sea puesto en libertad.

—Gracias. ¿Lo convencieron a usted mis razones, señor compañero?

—No. Diome la luz una declaración de cierta niña que estaba jugando a las escondidillas con un muchacho y que fue testigo ocular de lo sucedido. Además, el dictamen de los peritos no deja lugar a duda. El niño Atenógenes murió de meningitis complicada con bronconeumonía. Así lo demostró la inspección cadavérica y el minucioso examen que se hizo de las cavidades craneana y torácica. Las meninges y los pulmones y

bronquios *hablaron* hasta llegar a formar la convicción, como si hubieran sido personas...

Las equimosis que presentaba el rostro del niño provenían de la asfixia que ocasionó la muerte.

—¿De modo que no hubo crimen monstruoso?

—Todo ha sido charla de los periódicos para hacer un asunto sensacional. Ahora mismo voy a dar orden de captura contra el *reporter* que se fingió perito médico legista para sorprender a los agentes y vecinos y tomar datos para su periódico...

A las seis de la tarde llegó Alcoforado a su casa en un coche de bandera amarilla y acompañado de Zamudio y el licenciado Soleta.

Chole, Luz, Tibaldito y Demetria aguardaban ansiosos a don Paco.

Un grupo de vecinas comentaba en el patio los sucesos.

La escena de familia fue tierna. Tibaldito lloraba, Luz se desmayó de alegría, Chole arrojose en brazos del viejo y, mientras se besaban y con toda la efusión del alma se entregaban a los transportes de contento, se reiteraban las protestas de gratitud al licenciado Soleta diciéndole:

—A usted se lo debemos todo, usted nos lo ha salvado...

Y el licenciado con mal fingida modestia respondió:

—Poco hice, pero la verdad es que si no me empeño y trabajo...

Esa noche, la cena de familia fue costeadada por Zamudio, pues no había qué empeñar; y visto que Alcoforado supo lo de la carta y los amores de Chole con Román, dio permiso para que éste visitara la casa a fin de evitar nuevas complicaciones.

Cuando se despidió el jurisconsulto le dijo don Paco:

—No tengo con que pagar a usted sus servicios, pero mi gratitud será eterna. En atención a los pasos que dio usted por mi libertad voy a componerle una polca que debe llamarse “El brillo de la Inocencia”.

—Bueno, hija —dijo Alcoforado a Chole, luego de que estuvieron solos—. Es preciso que eso de tus relaciones se formalice. No importa que Román sea pobre; también nosotros lo somos y donde comen seis comen siete. ¿Crees tú que ese hombre te quiere de veras?

—Sí, así me lo ha jurado.

—Corriente..., pero está bien que sepas que los hombres juran una cosa y hacen otra.

—Yo creo sincera su pasión.

—¡Eres igual a tu madre! Así era de sensible y atolondrada la pobrecilla.

Al siguiente día hizo Román su primera visita oficial prometiendo “realizar sus ensueños” luego de que

le fuese posible. Por fortuna, el licenciado Soleta se hallaba en la casa y con liberal desprendimiento prometió su auxilio para apresurar la boda, asegurando que recomendaría al novio para un buen ascenso...

La honra de Alcoforado quedó limpia de mancha gracias al artículo que *El Criterio Público* dio a luz contando minuciosamente los hechos y en que decía:

Es inconcebible que por tan nefando modo se vulneren los fueros de la inocencia, como lo han hecho los órganos de la prensa militante, explotando para su provecho las aflicciones de una familia desheredada pero honesta... ¡Jamás supusimos que se llegara a tan odioso extremo! Por fortuna, la actividad e inteligencia del señor juez, licenciado don Alejandro Boliches, ha puesto de manifiesto el embrollo que se había dado en llamar “Crimen Alcoforado”, declarando la inculpabilidad del preso, y dictando las providencias necesarias para que no se complicara más este ruidoso proceso.

Aquí no hay otra cosa sino un hombre inicuo, torpe por ignorante, cruel por inmoral y por vicioso, que desconociendo los dictados de la razón y el deber, sordo al reclamo de su propia sangre, abandonó a un pobre niño, muerto a resultas de la grave dolencia que le afectaba. Aquí hay una mujer egoísta que tuvo temor de hacer el bien; pero nunca “crimen tenebroso” ni “infanticidio fla-

grante” como dijeron *El Pifano* y *El Teléfono*. La ciencia habló por la boca de los peritos médico legistas, cuyo luminoso dictamen fue la mejor y más segura comprobación de los acontecimientos, y este dictamen, como todas las diligencias del juzgado, patentiza los esfuerzos de la autoridad para garantizar el respeto a las leyes sociales.

El día último del mes de julio de aquel año fiscal, el juez del Registro Civil unió en matrimonio a Chole y su prometido, quienes comenzaron felizmente su luna de miel...

D.

V DE CÓMO EL “CUARTO PODER” VOLVIÓ A ENREDAR LA MADEJA HASTA PONERLA MÁS EMBROLLADA QUE NUNCA

Aquella tarde, don Trifón Vinagrete, director de *El Pifano*, reunió a todos sus *reporters*, recortadores, cómplices, compinches y demás gentecilla de pluma, y les clavó en el espíritu el siguiente discurso que había preparado desde la noche anterior:

—Hijos míos, sois, entre otras cosas, unos distinguidos idiotas. Habéis puesto en ridículo al *Pifano*; me habéis desprestigiado, hundido. Sabed, jóvenes imbéciles, que un periodista no debe equivocarse nunca. Habéis inventado un crimen que no ha existido sino en vuestro desordenado caletre. *El Teléfono Nacional* se ha burlado de nosotros; la suerte del periódico peligra, yo también peligro, vosotros peligráis. En suma, todo se ha perdido menos el honor, como dijo Francisco... Francisco... Francisco...²³ He dicho.

—Señor —rompió a hablar un joven, alto él, bizco del derecho, de *jacquet* color de avellana con incrustaciones de fresa—, señor, en el asunto Alcofo-

rado, permítame usted que le diga que no todo anda muy claro.

—¿Qué no anda, joven batidor?, ¿pues acaso no hemos publicado en nuestro número de ayer la sentencia del licenciado Boliches, en donde se prueba que aquel niño murió de muerte natural?

—Señor —replicó el otro—, vámonos entendiendo. Al principio, la prensa manifestó que ese niño no había sido depositado en casa de vecina alguna, y hasta se hizo referencia a la madre de la criatura, desconsolada por los martirios que sufrió el cadáver del *paciente* en el acto de la autopsia. ¿Cómo se explica usted que ahora resulte que ese niño no tenga madre?

—Pues es verdad —murmuró don Trifón entre dientes.

—Además, usted recordará que Abelardo Pérez, el *reporter* del *Teléfono*, sometió a un interrogatorio a don Paco, en el que éste confesó que ignoraba cómo se encontraban en el baúl de la criada Nieves Regalado el retrato, el pañuelo y los botones del viejo.

—Ya lo recuerdo.

—¿Y el hecho de que aparecieran en el cuarto del baño los tirantes de Alcoforado? Desengáñese usted, aquí hay gato. ¿No pudiera suceder que Román, el que es hoy marido de la muchacha, hiciera una comedia por salvar a su futuro papá suegro, y lo de la carta haya sido

una red en que cayera el buen Zamudio, el juez Boliches y el licenciado Soleta?

—Tú dijiste..., como dijo... —agregó don Trifón, a quien se le atragantaban los *dijos*—, que era un portento.

—¿Y por qué se preocupaba tanto don Paco de que el retrato tuviera dedicatoria?

—Eso es lo que me dije yo —respondió el director del *Pífono*, que nunca se había dicho nada de esto.

Hablaron un buen rato todavía, y el resultado de su entrevista fue que aquella misma tarde el joven batidor se presentara en casa de don Paco Alcoforado, que repuesto de sus pasadas angustias había vuelto a sus antiguas costumbres, sin otra novedad que la de haberse ausentado de la casa su hija Chole en compañía de su marido, quienes se habían ido a habitar la vivienda que al principio de esta verídica historia ocupaba Encarnación Montenegro, la misma a quien le dejaron la criatura sin madre.

Don Paco recibió al *reporter* del *Pífono* con su habitual amabilidad, pero al enterarse de que su visitante era un *chico de la prensa*, torció inconsciente el gesto, recordando la parte que en sus desventuras había tenido “el cuarto poder”.

—Señor Alcoforado —comenzó el del *Pífono*—, la *misión* que me trae a saludarle es de las más elevadas que han ocupado al *estadio* de la prensa.

—¡Válgame Dios por el estadio! —gritó don Paco— Pues usted dirá lo que se le ofrece.

—Es muy sencillo. Ha de recordar usted que el mismo día que fue aprehendido para contestar a los cargos que se le hacían en el asunto del niño muerto, nuestro colega *El Teléfono* entrevistó a usted, haciéndole algunas preguntas relativas al caso. ¿Se acuerda?

—¿Se imagina usted que es tan difícil olvidar que se ha estado en Belén?

—Bueno, pues recordará así mismo que *El Teléfono* en el reportazgo que publicó dejó asentado que en el baúl de su criada se encontraron objetos del uso de usted: un pañuelo con sus iniciales, su retrato, unos nomelvides disecados, y un botón igual a los que usted gasta. Usted dijo entonces que esos objetos eran cosas robadas y que ignoraba cómo pudieron ir a parar a poder de la criada. ¿Es cierto o no?

—No recuerdo bien —balbuceó don Paco—... en aquellos momentos tenía la cabeza tan extraviada que nada de extraño tiene que no haga memoria...

—Y sin embargo, así consta en *El Teléfono* y usted no protestó contra ese aserto.

—Yo..., no..., sí... —dijo don Paco visiblemente turbado.

—¿Quién cree usted que puede haberle robado esos objetos?

—No sé...

—¿Sospecha usted de Nieves?

—Pero si...

En esto estaban cuando la misma Nieves se fue presentando en escena.

—Celebro, señora —dijo con énfasis el del *Pifa-no*—, que haya llegado en tan excelente ocasión. Siéntese usted en esa silla y responda a mis preguntas.

Y a pesar de las protestas de don Paco que un sudor se le iba y otro se le venía, la maritornes fue instalada triunfalmente por el *reporter* en una de las desvencijadas sillas de aquel modesto ajuar y con los ojos abiertos, sin darse cuenta de lo que pasaba, se sometió con estupefacta docilidad al interrogatorio del periodista.

—Señora, ¿cómo explica usted que el retrato de su ama se encontrara en el baúl de usted?

—Pus..., pus..., como que me lo dio *‘ña* Encarnación la noche de *aquello*.

—¿Qué fue *aquello*?

—Pus..., lo de la creatura.

—¡Ah, ya! ¿Doña Encarnación, la vecina?

—La misma.

—A ver, ¿en dónde está ese retrato?

—Permítame usted, caballero —terció don Paco—, no debo consentir...

—¡El retrato! —vociferó el otro, como hombre que no está dispuesto a dejar escapar su presa.

Y quieras que no, Nieves sugestionada por el de *El Pifano*, y entre amenazas y súplicas, hipos y lamentaciones de don Paco, tan pusilánime como siempre, fue exhibiendo el famoso cuerpo del delito: era, efectivamente, un retrato de busto de Alcoforado, bastante bien parecido; con una dedicatoria con letra de mujer que decía: “A mi hinolvidable Cuchita, en Recuerdo de hamor constante, su Bebé”, y una rúbrica.

—¿Es de usted esta letra? —interrogó el periodista a Alcoforado.

—¡Qué ha de ser mía!

—¿Y de usted, señora?

—Pus si yo no sé escribir.

—¿Pues de quién es entonces?

Don Paco no podía dominar su turbación, pensando que el asunto tomaría nuevamente un cariz jurídico.

—Diré a usted... —se atrevió a decir por fin—, diré a usted toda la verdad, con tal de que no abuse de un secreto de familia. Este retrato (*medio ruboroso*) pertenece a una aventura... No vaya usted a creer que... En fin, el retrato es mío, pero ya no sé a quién se lo di.

—¿Pero usted es Bebé?

—Sí señor.

—¿Y Cuchita?

—Cuchita..., ahí está lo gordo, Cuchita no la conozco.

—¡Que no la conoce usted!

Aquí estaban, cuando repentinamente se presentó en la casa un personaje que hasta ahora no ha intervenido en nuestra narración y a quien está destinado el desenlace de esta verídica historia.

Es tan interesante esta personalidad que llamamos la atención de nuestros lectores acerca de su intervención providencial en este misterio.

E.

VI
DE CÓMO TITO MUÑOZ CHUFO CONTÓ
COSAS MUY PERTINENTES
E INTERESANTES PARA LA ACLARACIÓN
DEL MISTERIOSO ASUNTO ALCOFORADO

Tito Muñoz Chufo, estudiante de último en Medicina y practicante en una comisaría, fue el personaje que se presentó en la casa de don Paco.

Su presencia en aquella finca necesita ser explicada y, por lo tanto, séanos absuelta y autorizada una digresión y acompáñenos el curioso leyente al Café y Nevería Oriental, donde el propio Muñoz Chufo, Marquina, Batres y Rebolledo,²⁴ estudiantes los cuatro, meriendan al fiado y oyen la lectura del último número del *Pífano*.

Quien lee es un muchacho peludo, de dientes color de mango de paraguas, miope a un grado tal, que gasta vidrios gruesos como lentes de linterna sorda, los cuales limpia con vaho, miga y el forro del *jacquet*, por los faldones.

El tal hace un buche de agua, lo dispara en chorro parabólico, tose y prosigue:

De todo lo anterior resulta que el asunto Alcoforado que se creía concluido, vuelve al estadio de la prensa.

Saben nuestros lectores que el niño Atenógenes murió; saben que un hombre más imbécil que culpable lo abandonó en un cesto; que Alcoforado fue absuelto y nada tuvo que ver con el infante; que varias citas amorosas hicieron aparecer como cómplices a imprudentes novios, pero lo que ignoran y para vergüenza de nuestros detractores, vamos a decir, es que se han llevado a cabo en Los Parados “Siete aprehensiones” debidas a la perspicacia de nuestros *reporters*, y CON MOTIVO JUSTIFICADO.

Todo fue debido a un cigarro providencial y dio la clave del asunto el practicante de la Comisaría don Tito Muñoz Chufo, cuya amplia opinión publicaremos mañana.

—¿No les parece a ustedes —exclamó el lector, es decir Muñoz— que ni por la mente nos pasaba esto? ¿Han oído? Pues escuchen más aún, la verdad y sólo la verdad de lo ocurrido, que un alternativa o novillero quirúrgico va a contarles y ha obtenido antes que la policía y la prensa:

”La noche del 4 de marzo, vigilaba la esquina de Los Parados, el gendarme número 89 al que llamábamos nosotros Gaboriau, y cuyo celo en el cumplimiento de sus deberes nos consta.

”Convencido de que mejor observa ese rumbo peligroso, quien se finge distraído, leía a la luz de un foco *El crimen de Orcival* de ese tocayo.²⁵

”En esas pasó un embozado —que eras tú, Marquina—, y le pidió la lumbré, pero como no llevabas cigarro, él te quiso ofrecer, pero tampoco tenía y entonces le dijiste:

”—Creo que en el ocho, aquí a la vuelta, necesitan de la presencia de usted.

”El 89 se sobresaltó porque era nuevo en el oficio, apuntó con un palillo de dientes la interrumpida lectura y llegó al ocho pegando la oreja a las rendijas.

”Discutían voces sofocadas pero no percibió el sentido de las palabras, llamó con el garrote, los pies y una piedra, empujó la puerta y gritó por último:

”—¡Doña Demetria!

”—¿Quién es?

”—La autoridad.

”—Ah, es usted, vecino...

”—Corridos los cerrojos, quitada la tranca y ayudada la llave por empujones y picardías, se abrió el zaguán.

”—¿Qué se le ofrece vecino?

”—Usted lo sabrá mejor que yo o qué pasa aquí.

”—¡Ave María!, se armó la grande y yo sin comérmela ni bebérmela —dijo la portera...

”—Vamos por partes, ¿qué ocurre?

—Ya le fueron con el chisme. No vale la pena. Hágase el disimulado...

—Señora, a mí no me *cosecha* nadie y vengo a cumplir con mi deber. Aquí pasa algo.

—Nada, que me han dado a guardar un muchachito que se está muriendo, que no sé quién lo echó al mundo y...

—¡Abandono de infante!, ¿y eso le parece a usted poco? Pareció el peine, ¡qué guerra me dan ustedes, doña Demetria!

—¿Pero y yo qué?

—¿Usted qué? Ahí viene el oficial —y el 89 se adelantó al medio de la calle a dar parte.

Al oír Chueca, el jinete, que se trataba de un niño, a esa hora, en tal calle, y en marzo, metió espuelas, despertó al caballo sonámbulo y dijo al portero:

—¡Que nadie entre ni salga. Le voy a mandar auxilio, 89!

La presencia de la policía en la vecindad cayó como bomba y cundió el pánico por los cuartos. El calígrafo, amante de la divorciada; el velador del empeño, amasio de la maritornes; el novio de la Alcoforado; unos por la azotehuela y otros por la azotea, emprendieron la fuga y el último, con el chal de la niña en la mano, confundió la entrada de una vivienda vacía con el cuarto del baño.

El bizcochero, que a la sazón robaba los pies de gardenia del ocho, bajó de un salto las escaleras, la chica Alcoforado que portaba el bastón de su novio, rompió un vidrio, y un gato enteco asceta de azoteas, que llevaba diez minutos de columbrar al perico, olvidado en el corredor, de un bote le saltó al cuello, arrancándole al animal la golilla y el grito: '¡Santo Dios!', tan desesperado y agudo, que los dormidos despertaron preguntando: '¿Qué es?, ¿qué pasa? ¡Glorifica mi alma!'.

El velador quedose colgado de una canal y escupió un cigarro que se le había pegado a los secos labios, cayó el Chorrillo sobre un ebrio que atravesaba el patio, lanzó un terno y protestó:

—No tiren con piedras... de chispa.

Nadie sabía la causa del tumulto, pero todos tenían el alma en un hilo y la conciencia en la cuerda floja.

Unos creían que eran ladrones; otros que incendio; éste, que riña; aquél, que suicidio; el de más allá, que asesinato, y el ebrio, que temblor de tierra.

Todos preguntaban y nadie se daba cuenta de la situación y entre tanto apareció el comisario, con un sombrero que no era suyo, la servilleta al cuello todavía y un tenedor en la bolsa de los cerillos, lo interrumpieron cuando contestaba en un caso al brindis onomástico de su secretario.

—¿De qué se trata? —preguntó sonriendo amablemente.

—De un niño moribundo, abandonado en una canasta.

—¿Qué arma?

—Se ignora, mi jefe.

—¿Infanticidio tenemos? Venga el occiso.

A la luz de las linternas, velones y cerillos, miraron al niño Atenógenes los presentes, sumido en un *punto y coma* mortal (*frase del amanuense*), amoratado y hecho un asco. Hubo perspicaces que notaron huellas de contusiones.

Fueron tomándose declaraciones a los vecinos, pero como uno creía que se trataba de robo y otro que de asesinato, cada cual procuraba demostrar su inocencia y echar la culpa a un tercero.

Las fugas, las carreras, el sombrero del ebrio quemado por un *claro*, el vidrio roto, el grito de angustia del loro, la palidez de los presentes, su manera de declarar atropellada y contradictoria, aquel niño petateándola, hicieron comprender al comisario, para orgullo de su carrera, que traía entre manos un negocio gordo y que su fama profesional podía redondearse en aquel lío.

Hubo de remudarse al amanuense que se indispuso con unas empanadas de bacalao y pidió las de arriba al comenzar la segunda *mano* del acta.

—¿Contra quién proceder?, ¿qué delito perseguir? El niño era rubio aunque tierno y los únicos decentes al parecer, en la casa, eran los Alcoforado, pues a ellos sin tardanza. Muy sospechoso era que tocaran el piano para ahogar los gritos de su conciencia.

Fueron a despertar a don Paco, gente tan pobre de espíritu, que le entró el *tota tiembles*, daba diente con diente y pedía perdón a todo el mundo.

—¿Es usted el padre?

—¿De quién?

—Del niño

—Yo no, señor gendarme, escúlqueme usted. Soy un hombre pobre...

—Y por eso lo abandona usted..., padre sin entrañas maternas. No llore, hipócrita, que la justicia, ¿lo oye usted?, está acostumbrada a velar... Arreen con él.

Don Paco tras un acceso de hipo, cayó, presa de un síncope. Viendo que con puntapiés no volvía en sí, se lo llevaron a su cama.

En aquel momento apareció el *reporter* y la emprendió a lápiz armado contra los vecinos.

—Ya lo ves, Marquina —prosiguió Muñoz Chufo—, ¿ya ves de lo que ha sido culpa por tu carácter?

—No, dotor —contestó Marquina—, yo fui mandado por ustedes...

—La peor es que entre jueces y *reporters* no me van a dejar preparar mi examen... ¡Ay, Marquina, me has tallado!

—Bueno, pero se aclaró...

—Cállate, que ése que está tomando natillas es prensista de la *Trompa Nacional*, diario agrícola. Aquí las paredes oyen.

F.

VII DE CÓMO MUÑOZ CHUFO HABLÓ CON EL COMISARIO, ACLARANDO EL ORIGEN DEL ASUNTO ALCOFORADO Y EXPLICANDO LA PRESENCIA DEL DIFUNTO NIÑO ATENÓGENES EN LOS PARADOS

Por supuesto que no hablo con el comisario sino con el amigo y va usted a permanecer mudo como una tumba. ¿Palabra?

—Mi palabra —replicó el comisario, apurando el quinto vaso de horchata y chocándolo con el de Muñoz Chufo, quien se limpió los labios con un número del *Pífano*, pues no llegaba a pañuelo, dio un chasquido de lengua, se chupó los bigotes y dijo:

—Preparábamos nuestro examen profesional en la Torre Eiffel, como llamamos al palomar, perrera o cosa que nos sirve de domicilio a Marquina, alias el Trocar, a Batres alias Permanganato y a Rebolledo, alias Falopio y a un servidor de usted. El cuartucho queda más alto que el orgullo de un advenedizo y tiene más ventilación que la persona de un pobre. Serían muy cerca de las once de la noche y digo “serían” porque usted

supone que un hogar donde funge de candelero la horradación de un fondo de maceta, no hay relojes.

”Pero vivimos en la calle de Beatas,²⁶ precisamente a espaldas de la casa de Alcoforado que queda en Los Parados, y se oyen horrible, ensordecedoramente claras, las lecciones de piano que estudiaba la hija de ese pobre hombre: había enmudecido el piano; reñían marido y mujer en el entresuelo y salía a *hacer un ejercicio nocturno* el vecino del cuarto número ocho, que todo el mundo, menos su cándida mujer, sabe que es tandófilo de la última;²⁷ signos todos de que se anunciaba la media noche.

”Teníamos que velar para dejar listos nuestros *corrales*, yo estudiaba la periencefalitis difusa; Batres, las heridas penetrantes del vientre; Marquina, las anomalías de la oreja interna, y Rebolledo, la necrosis del sacro;²⁸ pero, sin café, sin alcohol y sin cigarros, no puede prepararse un examen ni para Tlaxcala antiguo, antiguo Edén de las *botas*.

”Hecha la colecta, se reunieron nueve centavos que, sumados con el crédito inaudito de que gozamos en la tienda El Submarino, bastaban para satisfacer aquellas necesidades.

”Y bien, El Submarino cierra sus puertas por orden de la autoridad a las diez de la noche y no se abren sino previo santo y seña y eso cuando Gaboriau, el gendarme del punto, no se apercata de ello.

”¿Por qué sabe usted quién es Gaboriau? Gaboriau es el fanático del deber, Gaboriau es el bayardo de los policías, Gaboriau es el sabueso de las infracciones. Ejerce su misión con rabia, con fe, con fibra y ve en cada transeúnte un criminal, aprehender es para él una necesidad fisiológica.

”Echada una porra, resultó Marquina el designado para bajar los ciento y pico de escalones que nos separan del nivel de la calle.

”—Ve —le dijimos—, observa con modo si Gaboriau está en el punto, si tal acontece, procura distraerlo y toca por la puerta de la cantina, diciendo cuando te pregunte ¿quién?, sólo estas palabras: ‘Rosadas para personas pálidas’, y te abrirán.

”A falta de alimento, nos mordimos unos las uñas, y otros nos limpiamos los dientes y a pocos momentos llegó Marquina, contándonos que había mandado a Gaboriau al ocho de Los Parados, tocado la puerta de la tienda, dicho el santo y seña, oída una interjección catalana y recibido los efectos.

”Preparado el café... ¡fumamos un cigarro! Hacía cinco horas que ayunábamos del vicio y no, no lo chupábamos, lo absorbíamos con el alma.

”A otro día leímos el fantástico reportazgo de la prensa y de deducción en deducción llegamos a sospechar que sin quererlo nosotros habíamos sido causa del enredo.

”Y era de esperarse, ¿qué puede salir de un golpe donde funcionan un gendarme melodramático, una portera inocentona, varios *reporters* pagados por línea; muchos vecinos que tienen cuentas pendientes con la justicia por raterías y otros excesos, un afinador sin calzones (morales se entiende) y usted, mi querido comisario, que declara crimen sensacional una riña entre traviatas de rebozo y aficiones militares? Salió el alumbramiento de los montes,²⁹ el gran meneo, el colosal enredo que nos ha hecho revolver de risa en los ladrillos fracturados de nuestro palomar”.

—¿Pero eso es posible? —objetó el comisario, sirviéndose otro vaso de horchata para apagar el fuego intestinal que se le había encendido con tantas fatigas.

—Es la verdad. Vamos ahora al niño Atenógenes. Usted sabe que tengo un *volado* por Granada vieja, pero de bellísimos sentimientos a quien curo al parecer de los nervios, pero que en realidad padece de aquello que nos late, nos hace soñar y sufrir: el corazón.

”Bueno, llego y me dice:

”—Oye, mi *peroneo*, el chico de doña Angustias está malito, recétale algo. Muchos médicos lo han visto y no le aciertan.

”—Pues entonces se salva...

”—Pero le recetan cosas muy caras.

”—Entonces se *restira*.³⁰

”Ocurro al chiquero donde el muchacho estaba, y lo encuentro ardiendo en calentura, me dicen sus padres que según el de la consulta tiene pulmonía, según el de la conferencia, meningitis, y todo ello me hace sospechar que la enfermedad que lo mata es un crup macho. Y en efecto, tiene las vías aéreas como una paca de algodón, ¡y sin incidencias!, ¡y en una vecindad!, ¡y curándolo con yerbas mascadas! Se me sube lo Muñoz y les echo la gran loa:

”—Ustedes lo han asesinado y por culpa vuestra reventará de hoy a mañana, y por andar con curanderos podéis provocar una epidemia en esta casa; sembrar el luto en los petates que sirven de cunas a tantos niños. Id luego luego a la comisaría para que avisen al Consejo Superior y se desinfecte este cuarto antihigiénico donde los microbios se mascan y nublan el medio ambiente.

”—¿Qué creyeron esos ignorantes? Usted me perdone, viejo, pero mentarles la comisaría es peor que mentarles a sus progenitores y el miedo y la ignorancia aconsejaron al padre imbécil a envolver al chiquillo en un chaquetín militar, meterlo en un cesto de chichicastle y ropa sucia y llevarlo en pleno aguacero hasta la calle de Los Parados donde, para bien suyo, *liquidó*.³¹ De modo que el niño Atenógenes, créame usted, murió de crup complicado con imbecilidad paternal.

”¿Verdad que si publico esto con mi firma y en forma de novela, me declaran un Pérez Escrich?³² ¿Verdad que si relato los hechos exactos, me llamará *El Pifano* un perico delirante?

”Y eso es todo. No se preocupe usted por el retrato de Alcoforado en el baúl de la doméstica, curo a esa señora de una afección del calcáneo y me asegura que el hijo del velador se pirra por dedicar retratos ajenos a sus hermanas.

”No se preocupe usted por el grito del loro, ni por el cigarro ni por nada de eso, preocúpese usted, amigo mío, de que no lo saquen en el *Cómico*. Ese Murguía es capaz de todo, y Rebolledo ha tenido la debilidad de platicarle al enfajillador del citado semanario todo lo ocurrido.

”No, ya no hay más horchata, no la necesito, y no quiero tener una defunción acuática y me voy. Vamos a sacarle los riñones a un candidato del hospital, a rellenárselos de vaselina fenicada para detener una nefritis amiloide; probablemente se morirá de cáncer en la lengua. Con que hasta la vista y no se raje. En cuanto a mí, estoy dispuesto, si algún *reporter* me interroga a recibirlo con una ducha de permanganato.

”¿Quién no se equivoca en esta vida?, ¿y sin equívocos, cómo pudieron componerse novelas?, ¿y sin novelas quién duerme?

”Por un cigarro..., y, a propósito, como carezco, deme un Chorrito. Ya encendió. Gracias”.

G.

NOTICIA DEL TEXTO

Por un cigarro... se edita en esta ocasión por vez primera. Se trata de una novela corta publicada inicialmente por entregas en el semanario *Cómico* (dirigido por Pedro Escalante Palma), suplemento del periódico *El Mundo Ilustrado*.

El anuncio de la novela *Por un cigarro...* apareció el domingo 21 de agosto de 1898 con una caricatura que representaba siete “escritores” sentados sosteniendo en sus manos un largo letrero con la leyenda: “Una novedad para los lectores del cómico”, e inmediatamente, líneas abajo, el siguiente texto:

En el próximo número [...] ocuparemos las dos planas que hemos dedicado a ese asunto, con una verdadera novedad. A, B, C, D, E, y F, [sic] siete escritores de los más celebrados, han tomado a su cargo escribir, en la forma más original, una novela para “El Cómicó”.

Cada uno de ellos dio un título para la obra. Se sortearán dichos títulos, y por suerte también, se dictará el orden en que deban escribir los autores.

Siete capítulos contendrá la novela, y uno tocará redactar a cada escritor. El asunto queda a voluntad del primero, y escusado es decir el aprieto en que se verán los demás para formar la trama de la obra, desarrollar la acción y llevarla a su desenlace.

Las condiciones a que tendrán que sujetarse los autores para su tarea, son las siguientes: La novela será esencialmente humorística, de la época actual, y los sucesos de que trate se pondrán acaecidos en México.

Responde “El Cómicó” de que las firmas *son conocidas y muy acreditadas*, pero no puede asegurar nada sobre el resultado de esa original competencia, torneo literario o *rifa novelera*, porque la verdad es que no puede presumirlo.

La novela, en efecto, constó de siete entregas, la primera de ellas a partir del 4 de septiembre y la última el domingo 23 de octubre de 1898. Estuvo acompañada de ilustraciones realizadas por los caricaturistas Eugenio Olvera y Carlos Alcalde. No obstante las dudas de algún incrédulo lector, acerca de la viabilidad y llegada a buen puerto, dadas las características de ser una novela escrita a siete manos, la novela colectiva *Por un cigarro...* fue la obra que abrió la serie de relatos breves que se publicarían en el semanario dominical.

NOTAS

¹ El semanario *Cómico* apareció por vez primera el domingo 2 de enero de 1898, bajo la dirección de Pedro Escalante Palma. Para mayor información acerca del hebdomadario remito al lector a “Un cupón y diez centavos: las novelas de *Cómico* (1898- 1901)”, *Una selva tan infinita. La novela corta en México (1891-2014)*. UNAM, México 2014, pp. 425-443.

² *Cómico*, México, 21 de agosto de 1898, p. 4.

³ Para mayor información respecto de las cigarreras consúltese el trabajo de Denise Hellion, *Humo y cenizas. Los inicios de la publicidad cigarrera en la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013.

⁴ El *reporter* fue una figura muy importante para la prensa de finales del siglo XIX. La práctica de su periodismo se caracterizó por ser sensacionalista, ligera y superficial. Los temas a los que daba prioridad tenían que ver con la nota roja, es decir, los accidentes, asesinatos, peleas, escándalos, o cualquier hecho violento. Los *reporters* escribían de los sucesos apenas acababan de ocurrir para llamar la atención y aumentar las ventas del periódico en el que trabajaban.

Por otra parte, se le llama sagitario por la similitud que guardaba la figura del *reporter* montado en bicicleta con el centauro arquero. El término tiene su origen cuando Juan A. Mateos fue atropellado por un ciclista. En una carta dirigida a *El Imparcial*, el 12 de agosto de 1898 (p. 1), Mateos menciona: “fui atropellado brutalmente por un ciclista, por esa especie de *Sagitarios*, mitad hombre y mitad caballos, que se lanzan en la vía pública como en un circo olímpico”. A partir de dicho incidente, distintos periódicos de la ciudad adoptaron el término, como se observa en *Cómico* (21 de agosto de 1898), donde se concede razón a la queja de Mateos (p. 2), e incluso se le dedican unas coplas humorísticas (p. 4). Cabe señalar que días después, el 4 de septiembre, se publicó la primera entrega de *Por un cigarro...*, lo que comprueba la condición de actualidad prometida a los lectores. [Nota de Esther Martínez Luna, en adelante EML].

⁵ Los Parados corresponde actualmente a República de Paraguay. Se encontraba entre las calles de Santa Catarina y Rélox [República de Argentina y República de Brasil], en Ciudad de México. [Nota de Gamaliel Valentín González, en adelante GVG].

⁶ Puede tratarse de una definición popular de la neuralgia del trigénimo, nervio craneal dividido en tres partes, una de ellas, el nervio oftálmico. [GVG].

⁷ La Florida es un tipo de agua de colonia hecha a base de ámbar, almizcle y benjuí. Es comercializada por la compañía neoyorkina Murray & Lanman desde 1808. Actualmente, en México, si bien se le atribuyen propiedades relajantes y medicinales, también se le emplea en rituales esotéricos. [GVG].

⁸ La enagua de castor es una falda característica del traje tradicional de la china poblana. El castor es una tela llamada así por su textura suave, con la que se confecciona dicha prenda. [GVG].

⁹ Se refiere al uso frecuente de un vocabulario vulgar, sucio, que se emplea en los bajos fondos. Algunos periodistas solían mezclar un lenguaje lleno de metáforas cargadas de un lenguaje brusco y de adjetivos “groseros”. [EML].

¹⁰ Esta expresión alude al lema positivista “Saber para prever, prever para obrar”, adoptado por Gabino Barreda (1819-1881) al tomar la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, en 1868. El influjo del positivismo en México se vio reflejado, entre otros ámbitos sociales, en el modelo educativo impulsado a finales del siglo XIX, el cual privilegiaba el pensamiento científico. [GVG].

¹¹ Chorritos fue una de las marcas producidas por la cigarrera El Buen Tono S. A., fundada en 1884 por el empresario francés Ernesto Pugibet. La fábrica pronto se constituyó como la más importante en su ramo durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. La utilización de maquinaria de punta en la época le permitió satisfacer la creciente demanda de cigarros en aquellos años, dejando atrás la elaboración artesanal. Contó con un taller litográfico en donde imprimía tanto cajetillas como carteles publicitarios. Chorritos y otras marcas de El Buen Tono solían anunciarse en las páginas de *El Mundo Ilustrado* [véase Denise Hellion, *Humo y cenizas. Los inicios de la publicidad cigarrera en la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013]. [EML y GVG].

¹² Nótese que no se menciona el nombre de alguna marca de cigarros adicionados con orozuz, conocido también como regaliz, por lo que no es posible saber si el presente diálogo alude a una disputa comercial; sin embargo, podemos señalar algunas de las marcas de finales del siglo *xix* e inicios del *xx* que utilizaron dicho aditamento, a saber: Imperiales de la Violeta, de la Compañía Cigarrera Mexicana S. A.; Supremos, de la Tabacalera Mexicana S.A.; Espléndidos, de M. Penichet y Cía. y Reina Victoria, de El Buen Tono S. A. De todas ellas, se conservan ejemplares de las cajetillas en el Museo del Objeto, en Ciudad de México. [GVG].

¹³ El referir este tipo de males, sin duda denota cierto sarcasmo, pues en el periodo en que se publica la novela, algunos escritores, se dice, padecían alguna de estas enfermedades que contribuía a crearles una personalidad singular. Como el lector podrá advertir, en la novela abundan pasajes con este tipo de vocabulario. [EML].

¹⁴ Se trata de una flor muy pequeña de cinco pétalos de color azul y el centro amarillo. Se le relaciona como símbolo del amor erótico entre los amantes. [EML].

¹⁵ Durante todo el siglo *xx* fue la empresa más importante en lo relativo al mercado fotográfico. Su lanzamiento fue en 1889 y desapareció en 2012. El hecho de que se haga referencia en la novela nos muestra cómo estaban al día los fotógrafos. [EML].

¹⁶ En realidad, la palabra correcta es “fumiguen”. El autor en turno emplea figuras retóricas como la metátesis para acentuar el habla coloquial del personaje. [GVG].

¹⁷ Término acuñado en el ámbito de la imprenta en Francia hacia la primera mitad del siglo *xix*. Artículo corto que se publica en un periódico, por lo regular separado mediante una marca editorial notoria. [EML].

¹⁸ Nótese el juego de palabras entre el apellido de don Paco Alcoforado y la similitud ortográfica con el alcanfor, conocido por su uso medicinal. Este aspecto acentúa la intensión humorística de la novela. [GVG].

¹⁹ Es de suma importancia resaltar la pugna entre fábricas cigarreras, ya que se trata de una clara alusión a la competencia por liderar el mercado del tabaco en Ciudad de México, tal es el caso de las empresas de El Buen Tono S. A. y La Tabacalera Mexicana. Los dueños de ambas —el francés Ernesto Pugibet y el vasco Antonio Basagoiti, respectivamente— hicieron notar su disputa en los diarios mediante cartas y anuncios, a modo de inserciones pagadas, según afirma Denise Hellion, quien agrega que, a partir de 1905, “el pleito llegó a tal grado que se cuestionó el favoritismo del gobierno de Porfirio Díaz a tal o cual marca, en las llamadas exposiciones universales” (véase, Denise Hellion, *Humo y cenizas. Los inicios de la publicidad cigarrera en la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013). [EML y GVG].

²⁰ Se refiere a la cárcel de Belén, ubicada en la antigua sede del Colegio de San Miguel de Belén, en la esquina de las calles Arcos de Belén y de la Ascensión [General Gabriel Hernández], en Ciudad de México. El centro penitenciario fungió de 1863 a 1933, cuando fue demolido para dar paso a la construcción del actual Centro Educativo Revolución. [GVG].

²¹ Formaban parte de la cárcel de Belén. [GVG].

²² No hay indicios claros de que alguna “empresa norteamericana” tuviera inversiones en la industria cigarrera mexicana hacia 1898, año de la publicación de *Por un cigarro...* Horacio Mackinlay señala que, al final del siglo XIX, las tres principales fábricas de cigarros instaladas en México contaban con capitales extranjeros distribuidos de la siguiente manera: “El Buen Tono tenía predominio de capitales franceses y la Tabacalera Mexicana de capitales españoles, mientras que la Cigarrera Mexicana fue formada por un grupo de inversionistas mexicanos, franceses y alemanes”. [GVG y EML].

²³ Se refiere a Francisco I de Francia (1494-1547) quien escribió la frase en una carta dirigida a su madre, Luisa de Saboya (1476-1531), tras ser derrotado y capturado por tropas españolas en la batalla de Pavia (1525). [GVG].

²⁴ Probablemente se refieren a Efrén Rebolledo, colaborador de *El Cómic*. [EML].

²⁵ *El crimen de Orcival* (1868), escrita por el francés Émile Gaboriau (1832-1873), de quien toman el apellido como sobrenombre del gendarme, es una novela francesa de tema policial, cuyo argumento describe cómo el cadáver de Berthe Lechailu, esposa del conde de Trémoré, es hallado por unos cazadores en los alrededores del castillo de Valfeuilu. Mientras la policía de Orcival parece haber resuelto el crimen y dado por cerrado el caso, el agente Monsieur Le-coq decide averiguar por cuenta propia, hecho que desencadena una trama llena de misteriosos sucesos a lo largo de 29 capítulos. [GVG].

²⁶ Se trata de República de Bolivia. Se encontraba entre Santo Domingo y Rélox (República de Brasil y República de Argentina), en la Ciudad de México. [GVG].

²⁷ Es un término que tiene que ver con el teatro, ya que así se le llamaba a los aficionados a las secciones del teatro por horas o por pequeñas escenas. Por lo regular se ofrecían funciones de una hora y se vendían entradas de manera independiente a un precio diferente. [EML].

²⁸ Muerte irreversible del tejido corporal. [GVG].

²⁹ Horacio en su *Arte poética* utiliza la frase “Parturient montes, nascetur ridiculus mus”, que significa “Parirán los montes y nacerá un ridículo ratón” para referirse a algo sin importancia, pero de lo cual se tenía cierta expectativa. En la narración es claro que sucede lo mismo, se esperaba algo realmente importante respecto de la muerte del niño Atenógenes y resulta ser algo anodino. [EML].

³⁰ El verbo estirar se utiliza aquí como sinónimo de muerte. [EML].

³¹ Murió, en sentido coloquial. [GVG].

³² Enrique Pérez Escrich (1829-1897), escritor español muy famoso de finales del siglo XIX, autor de diversas novelas por entregas. Algunas de sus obras están firmadas con los seudónimos de Tello y Carlos Peña-Rubia. [GVG].

Por un cigarro se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 10 de octubre de 2021. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de XIMENA SALINAS, ESTHER MARTÍNEZ LUNA, BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.